



HASTA DONDE HEMOS LLEGADO CON FE

Un Año Nuevo- El Primer Mandamiento

Un Año Nuevo- El Primer
Mandamiento

Empezamos el Año Nuevo de 2014-
un año para empezar de nuevo, un
año con nuevas posibilidades y

oportunidades emocionantes. Pero al comenzar el nuevo año, miramos hacia atrás en este año de 2013 y la encuesta de donde estábamos en nuestra relación con Dios. Al hacer esto, vamos a considerar la forma de mejorar nuestra relación con Dios en este nuevo año de 2014.

Consideremos esto a través de los espejuelos del primer mandamiento que se encuentra en el libro del Éxodo: “No tendrás otros dioses fuera de mí. No te harás ídolos por vosotros mismos en la forma de cualquier cosa en el cielo arriba o abajo en la tierra ni en las aguas debajo de la tierra; no te inclinaras ante ellas, ni las honraras”(Éxodo 20:3-5).

El primer mandamiento nos desafía a no tener otros dioses en nuestras vidas, excepto el Señor Dios. ¿Tenemos? Es fácil comprobar ídolos o culto a la naturaleza de nuestras listas. La mayoría de nosotros nunca hemos considerado adorando estatuas de bronce o arboles de roble. Pero, la lista de los “dioses” no termina ahí. Cuando reflexionamos sobre como pasamos nuestro tiempo comenzamos a ver muchos “dioses” potenciales en nuestros corazones. Por ejemplo, ¿nos mantenemos alejados de la Santa Misa porque es más fácil dormir hasta tarde los domingos después de una semana de trabajo duro? ¿O quizás trabajamos los fines de semana y tratamos de sustituir nuestra incapacidad para ir a misa los domingos por ir a una misa durante la semana? El hecho de que hay que trabajar para ganarse la vida es una cuestión de ser seres humanos en nuestro mundo, el hecho de que nuestro trabajo es a menudo agotador es una cuestión de nuestra limitación como criaturas humanas.

Sin embargo, nuestra liturgia eucarística es el momento de la semana en el que tenemos la oportunidad de agradecer a Dios por todo lo que Él ha hecho, es una oportunidad para “Adorar a Dios”, como se describe en el libro del Éxodo, es también una oportunidad para conectar con el sacramento que nos fortalece para el viaje por delante. ¿Nos olvidamos de que nuestra reunión en la adoración y la alabanza es una muestra de la comunidad que

honra a todo lo que es bueno y santo? ¿A veces esperamos con interés el próximo fin de semana debido a los últimos estrenos de cine, y nos olvidamos de que la liturgia eucarística del domingo es un encuentro con el Dios que nos creó y nos ama incondicionalmente? ¿Nos encontramos la sustitución de la celebración de la liturgia eucarística con el entrenamiento? Si bien es bueno para disfrutar de un video convincente, asistir a un concierto memorable, o jugar a juegos que traen alegría y risa y una sensación de alivio, también tenemos que escuchar y celebrar la historia de la relación de Dios con su pueblo. ¡No hay nada más edificante y maravilloso que el amor de Dios por nosotros en el Santo Sacrificio de la misa!

¿Hacemos tiempo para hablar con Dios y contemplar su grandeza al igual que nos dimos el tiempo para hablar con nuestros amigos y familiares? Mira las vidas de los santos: su amistad con Dios se profundizó a medida que pasaban cada vez más tiempo a hablar/orar a Dios. Comenzaron con oraciones simples, y se pasaban la vida en simplemente orar porque la oración es comunicarse con Dios. La oración es simplemente hablar, no debe ser difícil como entrenamiento para un maratón.

A pesar de la lista interminable de “dioses” que nos distraen de una relación sana con nuestro único y verdadero Dios puede habernos causado a perder oportunidades de adorar y alabar a Dios en el año 2013, ¡Dios todavía está con nosotros! ¡Dios no nos ha puesto a un lado! Así, en este Año Nuevo de 2014, tomemos la determinación de agregar la palabra “MAS” en nuestra relación con Dios: para buscar más a Dios, a amar más a Dios, y para compartir más de las bendiciones de Dios con los demás.

Familias misioneras, fermento en la Iglesia y en la sociedad

Por Mar Muñoz-Visoso

En una reciente catequesis de los miércoles (Enero 15, 2014) el Papa Francisco nos recordó que todos somos misioneros en virtud de nuestro bautismo. Las palabras de Jesús a sus discípulos antes de ascender al cielo constituyen la misión universal de cada discípulo y de cada comunidad cristiana: “Vayan y hagan discípulos de todos los pueblos y bautícenlos para consagrarlos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, enseñándoles a cumplir todo lo que les he mandado.”

Católico del Oeste Tennessee

Enero 2014—Volumen 3 Número 1



Numerosos pasajes bíblicos nos muestran como desde el principio de la Iglesia existe una relación íntima entre la misión y ciertos hogares o casas. Recientemente tuve oportunidad de dar una conferencia en el 4º Congreso Americano Misionero celebrado en Maracaibo, Venezuela. El tema asignado fue “Familias Misioneras Ad-Intra y Ad-extra (hacia adentro y hacia afuera). Entendiendo los conceptos de “misión” y “familia misionera” en sentido amplio, podemos decir que el “ser” de la familia (comunidad) informa su acción (misión) y que, por tanto, ambas comunión y misión son realidades inseparables

Las familias son misioneras “ad-intra” en varias maneras. En primer lugar al interior de la familia misma como espacio de la primera evangelización. La educación en la fe y en los valores sucede primero que nada en la familia. Los padres son los primeros educadores, pero en esta labor están acompañados (y a menudo suplidos) por abuelos, tíos, padrinos y otra familia extendida, especialmente en las actuales condiciones del trabajo y de la emigración. En la familia unos nos enseñamos a otros, los adultos a los jóvenes y los niños a los mayores.

También podemos considerar la misión de la familia al interior de la Iglesia. Decía Juan Pablo II que “la familia es la vía de la Iglesia”. La familia que vive su fe como iglesia doméstica da testimonio a otras familias cristianas; es pilar y fermento en su misma comunidad. Son familias que se acercan a otras familias creyentes y les animan a aceptar el reto de participar y construir juntos la comunidad. Son familias evangelizadoras, familias catequistas, familias que miran por las necesidades espirituales y materiales de la iglesia local y universal. Familias promotoras de vocaciones en la Iglesia, en toda su variedad y amplitud: al sacerdocio, al matrimonio, a la vida religiosa o consagrada, al diaconado permanente, al ministerio o apostolado laical.

Pero la familia también tiene un importante papel en la misión ad-extra, o hacia afuera de sí misma y su comunidad cristiana. La familia es célula básica de la sociedad. Y la familia cristiana esta llamada a ser fermento de la sociedad. Las familias “predican” con su testimonio de vida y de palabra a quienes necesitan que el evangelio les sea anunciado de nuevo (o por vez primera) en todas sus dimensiones y con todas sus consecuencias. Con su testimonio y participación social trabajan por crear una “cultura de la familia” (Carta a las Familias, Juan Pablo II) y una sociedad más justa y humana.

Asimismo, cabe recordar el rol de la familia emigrante/inmigrante en la nueva evangelización (Benedicto XVI, Mensaje para la Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado, 2012). Muchas familias inmigrantes se convierten en misioneros de hecho y, a menudo, traen nueva vida a las comunidades que los reciben. Estas familias juegan un papel importantísimo en el exilio al reunir y mantener a la comunidad anclada en la fe y en la oración, especialmente en ausencia de sacerdotes y religiosos que acompañen a las comunidades en su migración. En este sentido, los movimientos apostólicos como la Renovación Carismática, Cursillos de Cristiandad y otros, han sido apoyo y semillero de numerosas “familias misioneras”. Al acudir a la Iglesia por varios motivos, muchas familias inmigrantes reconectan con su fe en este nuevo contexto a través de oportunidades formativas que no tuvieron o no pudieron aprovechar en sus lugares de origen. Y descubiertas las nuevas “razones para la esperanza” (1 Pe 3, 15) no quieren dejar de comunicar la Buena Nueva a familiares y conocidos.

Finalmente existen entre nosotros las familias misioneras ad gentes: familias que viajan a otras regiones y países, a encontrar otros pueblos y culturas, generalmente a través de estructuras y canales eclesiales ya establecidos, como comunidades religiosas y movimientos o sociedades de vida apostólica. Movilizar a familias enteras para el propósito misionero requiere un proceso serio de discernimiento, maduración y preparación. Pero ya muchas comunidades en EE.UU. están recibiendo o enviando familias en misión. En el mensaje final del Congreso Misionero quedó claro que América Latina, aun embarcada actualmente en su propio proceso de Misión Continental, acepta el reto de producir misioneros para la Iglesia en el mundo. ¿Aceptamos el mismo reto las familias latinas en EE.UU.?

La familia está llamada a tener un papel muy importante en la nueva evangelización. Todo liderazgo parroquial que se precie debería reconsiderar su relación con las “iglesias domésticas” (familias) presentes en su territorio y buscar activamente más y mejores maneras de fortalecerlas y hacerlas protagonistas de la misión universal.

Mar Muñoz-Visoso es directora ejecutiva del Secretariado de Diversidad Cultural en la Iglesia en la Conferencia de Obispos Católicos de Estados Unidos.